

Amadísimos fieles

Corría el año 1925, Año Santo también y multitudes de cristianos afluyeron a Roma a ganar el jubileo e indudablemente el corazón del Papa Pío XI a la vista del fervor de tantos fieles tuvo que sentir muchísimo alivio y muchísima satisfacción, pero con todo no tanto como para disipar las gravísimas preocupaciones de pastor universal de la Iglesia que veía también muchísimos fuera del redil de Cristo e incluso presentía el temor de graves amenazas. Apenas habían trascurrido unos pocos años, pero suficientes para que de nuevo la humanidad se sintiera aliviada del escarmiento que supuso aquella primera guerra europea que echó por tierra las predicciones optimistas de tantos que creyeron que las nuevas fórmulas políticas y sociales iban a poder garantizar la paz y la felicidad del género humano. El espectro del hambre había desaparecido puesto que ya a estas fechas ya tenemos stocks de alimentos que un poco más tarde impulsaran a los australianos a arrojar millones de carneros al mar o a los argentinos a quemar el trigo o a los brasileños el café. El progreso vertiginoso de la técnica hacía presagiar a mucho el triunfo definitivo de la inteligencia y razón humanas y así de nuevo el racionalismo está en auge. De esta forma un soplo de optimismo invade todo el mundo y todos se sienten eufóricos y satisfechos. Diríamos que los hombres creen volver transformar el mundo en un paraíso en que no hay necesidad de Dios y de su santo temor y de ahí que entra la moda del laicismo, que el Papa Pío XI en la encíclica Quas primas en que instituye esta festividad de Cristo Rey denominará la plaga de nuestra sociedad.

Efectivamente para recordar a los hombres que Cristo es la piedra angular que si se deshecha no hay paz ni prosperidad verdadera, para despertar la conciencia de los pueblos sobre los derechos indiscutibles de Cristo a nuestro vasallaje, para llamar la atención de los que alegremente estaban pregonando y divulgando doctrinas halagadoras pero perniciosas para los intereses verdaderos de la humanidad instituyó esta festividad de Cristo Rey, que en nuestros días, de signo contrario, tiene la misma actualidad que entonces. En efecto de la euforia optimista de entonces hemos pasado, sobre todo después de la segunda guerra europea, a un pesimismo y más que pesimismo a un escepticismo en cuyo ambiente o clima lo único que se salva y sobrevive y medra es el egoísmo personal de tal forma que ya no queremos saber nada más que la propia vida y existencia, que se establece como base y cimiento hasta de un nuevo sistema filosófico que hace furor en nuestros días reemplazando al racionalismo de entonces y es el existencialismo, que deja al hombre abandonado a los impulsos de todas las pasiones e instintos y en la pendiente de alejamiento u olvido de Dios. Por eso que tiene tanto interés en nuestros días el despertar y renovar la fe de los hombres en Dios, cuya soberanía viene a predicarnos esta festividad.

El Papa quería salir al paso del laicismo, que consideraba como una gran plaga de nuestros días y de nuestra sociedad. Yo distinguiría dos laicismos: uno el oficial y público, que tiene su asiento en las declaraciones de los principios constitutivos de los pueblos y que da a la vida pública ese aire de despreocupación o indiferencia religiosa. Pero hay otro laicismo no menos efectivo que el primero y que incluso puede sobrevivir con las declaraciones más entusiastas y efusivas de religiosidad; es el que existe en las vidas de quienes en su mundo de negocios o de diversiones o simplemente en su vida privada se desenvuelven como si Dios no existiera o se diera por enterado de nada de los que nos pasa y en este sentido estamos contagiados de esa plaga muchos de los que efectivamente vivimos olvidados de Dios aun cuando no le neguemos.

La revolución que comienza proclamando los derechos del hombre debe acabar proclamando y reconociendo los de Dios so pena de que los hombres no se resignen a renunciar a la convivencia humana o volverse salvajes y en estos tiempos en que está en entredicho la posibilidad de esa convivencia entre clases y naciones es momento oportuno para proclamar el reinado de Cristo. Pero, ahora tendríamos que preguntar, ¿qué clase de reinado es este? ¿Cuales son las características de este

reinado?" "Mi reino no es de este mundo", nos dice Cristo, pero no quiere dar a entender que su doctrina y su código no hay de tener ningún reflejo, ninguna proyección en este mundo. No entendamos mal las cosas, pues El mismo nos dice también en otro lugar "el reino de Dios está entre vosotros" Luc. 17, 21 saliendo al paso de los fariseos que esperaban tal vez desde el Oriente una aparición fantasmagórica y rutilante con la diferencia de que no se expresa con ostentación, sino que injertándose en el espíritu se concreta con actos suscitados por la Palabra nueva. Tampoco debemos entender en el sentido de que su reino no tiene que ver nada con lo temporal o no puede conciliarse con el interés temporal, pues que también el mismo nos dice en otra ocasión: "En verdad en verdad os digo ninguno hay que haya dejado padre o madre o hermano o esposa o hijos por amor del reino de Dios, el cual no reciba mucho más en este siglo en bienes sólidos y celestiales, y el venidero la vida eterna". Luc. 18, 29-30 No entendía, pues, que cualquiera que aspirase a la beatitud del cielo no hubiera de pasar una vida feliz en este mundo. Como siempre Jesús hizo de la felicidad temporal una condición, un experimento por el cual Dios habría determinado el puesto dentro o fuera de su reino eterno.

En efecto es inútil perseguir la verdadera prosperidad y felicidad terrenas más que por los cauces de su ley y de su moral, pues cuando por otros derroteros se trata de logranos no se trata en experimentar tanto en el terreno individual como en el social el chasco más decepcionante. A la vista está lo que nos enseña la historia de los pueblos, a la vista tenemos todavía recientes las aberraciones a que llega el hombre cuando pretende prescindir de las normas de la ley natural y de la revelación cristiana.

Y cuales son las características fundamentales de este reino de Cristo, que la Iglesia pone ante nuestros ojos en el día de hoy al proclamar el reinado o la soberanía de Cristo? La misma Iglesia nos las señala en el prefacio de la misa de hoy donde nos dice que su reino es un reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, amor y paz. Vamos a desmenuzar un poco el contenido de estas expresiones tan acertadas y tan oportunas.

En primer lugar su reino es un reino de la verdad. La verdad es algo de que no se puede prescindir y al que los hombres por mucho que se empeñen no le han de encontrar sustitutivos o sucedáneos. Es verdad que en nuestro mundo se prescinde de la misma por resultados demasiado engorrosos. Se la sustituye con la hipocresía, con la adulación y la mentira, que efectivamente son verdaderas plagas sociales. La sinceridad ha desaparecido y en general preferimos la corrección y cortésia. La adulación hace estragos y se la considera como la mejor fórmula de hacer carrera en la vida. Y la adulación hace perder la cabeza a los hombres: es un narcótico estupendo para unos y un expediente el más fácil para otros. Y la convivencia humana carece de base cuando no hay más sinceridad y más verdad.

Alguien dijo que la verdad, el bien y la felicidad están en la misma línea; en efecto podríamos considerar como diversas etapas del mismo camino; el bien no se encuentra más que a la luz de la verdad. Y la felicidad no se puede hallar más que por el camino del bien. Que fácilmente olvidamos esto.

De santidad y gracia... santidad es perfección de la persona y quiere pensar en perfeccionarse en estos tiempos en los que se cree que todo se resuelve con fórmulas políticas, ahorrándonos cada uno de los componentes de la sociedad el esfuerzo y el sacrificio necesarios para proceder al control de los instintos y pasiones y cultivo de nuestras facultades y potencias creando hábitos de virtud, de bien. Y la culpa de todo tienen los gobiernos, los sistemas echando en olvido que los pueblos siempre tienen los gobiernos que se merecen y que las instituciones sociales de ordinario tienen un nivel de vida inferior al de los individuos aislados.

De gracia... y quien piensa siquiera y quien se cansa la cabeza pensando en la gracia, que no se cotiza en las bolsas, no se comenta en las columnas de nuestra prensa, que no se exhibe como un elemento de belleza o de dicha en ninguna parte. Por eso que el pecado reina por

dequiere hasta el punto que se ha estragado el sentido del pecado.

De justicia...mas vale no hablar porque brilla por su ausencia y asi tiene que ser, pues le falta en nuestro mundo su base. La base imprescindible e incommovible de justicia es el sentimiento de dignidad humana. Hacer justicia es dar cada uno lo suyo y como daremos a cada uno lo suyo, lo que le corresponde si no sabemos lo que es cada uno? si no tenemos una idea exacta y cabal de la dignidad humana. En efecto aun cuando al hombre se le da lo que le corresponde como productor o como ciudadano, no por eso se le da todo lo que se le debe pues se echa en olvido o no se quiere saber lo que le corresponde por encima de todo por ser hombre, por ser tal hombre, con tales y tales responsabilidades, con tales y tales obligaciones, con tal cual misión en la vida y por eso digo y repito que no se puede practicar la justicia donde se ignora lo que es la dignidad humana y se ignora la dignidad humana donde todos no convenimos que el hombre es algo más que un puñado de carne y huesos o un engranaje en una maquina o un numero en una ficha o en una gran multitud.

Podríamos considerar los diversos aspectos o las diversas modalidades de la justicia, la conmutativa, la distributiva, la legal y la social y llegar a hacer unas consideraciones concretas que en gracia a la brevedad vamos a tener que pasar por alto.

Reino de amor....no olvidemos que el amor es el complemento indispensable de la justicia, es el remate de la perfección. El precepto de amor es por designio divino la carta magna de la tercera casta de hombres. La primera casta fué la de los hombres barbaros cuyo tema era la guerra, la segunda la de los hombres vbarbaros desbastados por la ley y cuya meta de perfección era la justicia. Todavía sigue esta casta pues aun hoy la justicia no ha logrado eliminar del todo la barbarie y por eso la ley no ha conseguido eliminar la guerra. Pero la tercera casta, la que Cristo vino a establecer en la tierra es la de los hombres, no solo justos sino santos cuya perfección no es solo dar al proximo o vecino lo que es su o sino hasta de los propio, es la de hombres semejantes a Dios.

Como perdíamos citar aquí aquellas hermosísimas palabras de Agustín : "Dilata tu caridad por todo el orbe si quieres amar a Cristo pues los miembros de Cristo extendidos están por todo el orbe. El ama su cuerpo." En vano me honras, te grita desde arriba la cabeza, en vano me honras. Es como si uno quisiera besarte la cabeza y te pisara los pies. Es que no gritaría la cabeza: no quiero tus honores, mientras me estás pisando? Y entonces a ver si te atreves tu a decirle a esta cabeza: cómo que te he pisado? Lo quise fué besarte, lo que quise fué abrazarte... "Como grita la lengua... "me duele," dime: no dice: a mi pie le duele: sino: a mi me duele."

Amadísimos hermanos, saquemos como fruto de esta festividad de Cristo Rey a tener más amor a la verdad, a practicarla, huyendo de la mentira, de la adulación e hipocresis; Aprendamos a estimar y trabajar mas nuestra perfección personal, a ser mas santos y sobre todo para esto hagamos mucho mas aprecio de la gracia divina, ese ser sobrenatural que nos hace partícipes de la naturaleza divina y de los derechos anhelantes a aquella. Así mismo consideremos y reflexionemos sobre la naturaleza humana, sobre nuestra dignidad, pero seamos los primeros en estimar y respetarla nosotros mismos procediendo como hombres y no como animales. Por último aprendamos la gran lección de caridad que una vez mas la Iglesia nos recuerda en esta ocasión.

Que no pueda hacernos Cristo el reproche aquel que está inscripto en las lapidas de la catedral de Lubeck:

- "Me llamis Maestro - y con todo, no me preguntais.
- Me llamis luz - y no me veis
- Me llamis verdad, y no me creeis
- Me llamis camino, y no vais por este camino
- Me llamis vida y no me deseais
- Decis que sois sabio, y no me seguís
- Decis que soy hermoso y no me amais
- Decis que soy rico y no me peis
- Decis que soy eterno y no me buscáis
- Decis que soy misericordioso y no confiais en mi
- Decis que soy noble y no me servís

